

cados la intercesion de la bien- como por la ostentacion que hi-
aventurada virgen y mártir zo su constancia de tu infinito
Margarita, que tanto te agradó, poder. Por nuestro Señor Jesu-
así por el mérito de su castidad, cristo, etc.

La Epistola es del cap. 51 del Eclesiástico, y la misma que el día XIX, pág. 371.

REFLEXIONES.

Alabaré continuamente tu santo nombre, y le glorificaré con accion de gracias, porque me libraste de la perdicion, y me sacaste de tantos peligros en el tiempo de la iniquidad. Este debe ser el lenguaje de aquellas almas afortunadas á quienes el Señor por un privilegio particular reservó como para sí, librándolas de todos los peligros que corren en el mundo, y poniéndolas á cubierto contra las tempestades y contra los escollos en el puerto de la religion. Es preciso confesar que son muy pocos los que forman una idea cabal y justa del estado religioso: unos le consideran como una tierra que se traga á sus habitantes; otros como un país que solo produce espinas; y casi todos como una esclavitud. Es tan comun el error, que ni aun se piensa en salir de él. Son sin razon todas estas aprehensiones. El estado religioso es semejante á la tierra de promision, cuyos imaginarios monstruos no tienen mas subsistencia que en la descompuesta aprehension de los que no conocen la escelencia del terreno, ni la benignidad del clima. A la verdad, cuesta trabajo llegar á este delicioso país: se han de atravesar mares, combatir enemigos, y vencer montañas escarpadas; pero es muy dulce el fruto despues de tantas victorias. Aquel Dios á quien sirve este fiel y dichoso pueblo, tiene el secreto de allanar en su favor las mayores dificultades, y de endulzar lo que se presenta lleno de amargura. Si es menester suspender las olas para franquearle el paso libre, si es menester llover un maná celestial para sustentarle en el desierto, al punto hace el Señor todos estos prodigios. Pero en fin, llegóse ya á aquella dichosa tierra; ¡qué abundancia de bienes y de gracias espirituales! ¡qué calma, qué paz y qué bienaventuranza aun en esta vida! Mas los privilegios del estado de los mundanos, ¿cuáles son? ¡Ah! que todo concurre á abrumarlos, á obligarlos á padecer, sin libertad para quejarse. Vanamente se esfuerzan á figurarse felices, disimulando sus amarguras; muy á su pesar les nacen las espinas en medio del corazon; á todas partes los siguen y los persiguen los disgustos; cercada está de cruces

la misma opulencia y abundancia. Todo conspira á hacer desdichados á los hombres del mundo: cuidados continuos; fatigas inseparables de su condicion; la ambicion, la emulacion, el interés, manantiales inagotables de muchas pesadumbres; las inquietudes de una vida como atolondrada entre el tumulto y la confusion; y los sustos de una fortuna mudable, inconstante y resbaladiza; el humor estravagante de tantos con quien es preciso contemporizar, y á la mayor parte de ellos necesario complacer; cien desgraciados accidentes que siempre amenazan y nunca se pueden prevenir; las desgracias de los tiempos que no es posible evitar; un porte que es preciso mantener á cualquiera precio; gastos inevitables, que esceden mucho á las rentas y á los sueldos; la multitud de los concurrentes; la malignidad de los envidiosos; un corazon eternamente agitado, un espíritu inquieto y una conciencia poco tranquila. ¡Ah, Señor! no era menester tanto para hacer infeliz á un hombre; y no obstante, todo esto se halla unido en la triste condicion de los hombres del siglo. Mas demos caso que encontráran el secreto de acallar una gran parte de sus sinsabores; ¿qué amargura no derramaria en sus diversiones, y aun en aquellas alegrías menos superficiales, el pensamiento de la muerte y de la eternidad? Pues de todo esto están libres los verdaderos religiosos: exentos por su estado de ese monton de miserias; superiores á todos los acasos de la vida; independientes del capricho y del humor estravagante de los hombres; libres por su generosa renuncia de los punzantes cuidados de las riquezas, que Jesucristo compara á las espinas; desembarazados por su perfecta sumision aun de aquellas molestas fatigas que causa el gobierno de la propia conducta; únicamente ocupados en el importante negocio de su salvacion; dedicados únicamente al servicio de Dios, y enteramente aplicados á darle gusto, ¿como pueden menos de gustar las dulzuras de su dichosísimo estado? ¿donde hay tranquilidad mas deliciosa? Figúrese uno, si es posible, otra vida mas santa, ni mas feliz. ¡Oh, y cuánta razon tienen para alabar incesantemente el nombre del Señor, para rendirle continuas acciones de gracias por haberlos sacado misericordiosamente del camino de la perdicion, retirándolos de los peligros tan frecuentes del mundo! Pero si entre esas personas tan favorecidas y tan afortunadas se encuentran algunas pocas parecidas á aquellos ingratos israelitas que echaban menos los puerros y las cebollas de Egipto, no gustando de los manjares deliciosos de su estado, fácil es acertar de donde les nace ese disgusto.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Mateo, y el mismo que el día VIII, pág. 175.

MEDITACION.

Del cuidado que todos deben tener de su salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el hombre fué únicamente criado para ser feliz. No lo puede ser sin estar unido á Dios y poseerle, porque solo Dios es su vida, su soberano bien y su todo. No puede estar unido á Dios, ni poseerle, sino en cuanto le ama, le sirve y le agrada. Separado de Dios, no se halla en el hombre sino pecado, corrupcion y miserias. El pecado es lo único que le separa de este supremo bien, de este soberano manantial de todos los bienes; es el único que le corrompe, que le hace infeliz y le pierde. Apartándole de Dios, y borradas en su corazon las dulces impresiones del divino amor, conviertes todos sus afectos y todas sus inclinaciones á las criaturas y hácia sí mismo, buscando alguna desdichada satisfaccion, que en alguna manera llene el hueco y supla el gusto que experimentaba con el Criador. El falso, el mentiroso gusto que encuentra en sí mismo y en los objetos criados, le engaña, le encanta, y le hace creer que es dichoso, que es rico, que nada le falta; al mismo tiempo que es miserable, que es pobre, que está ciego, y que verdaderamente es objeto digno de compasion. ¡Terrible ilusion, que insensiblemente conduce la mayor parte de los hombres á la muerte, á la sepultura, á la condenacion eterna, sin advertir el precipicio hasta el mismo punto que caen en él! Es menester, pues, para salvarse, que se destruya el pecado por la penitencia; es menester vivir en gracia, si no se quiere morir en pecado. ¿Se conviene en esta doctrina? ella es una verdad infalible; pues si se conviene en ella, ¿en qué consistirá que deseando todos salvarse, sean tan pocos los que cuidan de vivir y de morir distantes de la culpa, ó á lo menos entregados á un sincero arrepentimiento? Comprende, si es posible, este misterio de iniquidad. ¿En qué estado, en qué edad se ha de considerar en sazón la penitencia? ¿es muy del gusto de los grandes del mundo? ¿es muy conocida de los mundanos? ¿produce siempre en los claustros aquellos dignos frutos que la corresponden? ¿hace gran fortuna la penitencia (por explicarme de esta manera) en aquella edad de la vida en que suelen ser mas frecuentes los pecados? ¿reina mucho en la ancianidad? Con todo, es oráculo infalible, que si no haces penitencia, perecerás. ¿Te quieres salvar? pues necesariamente

has de hacer penitencia. ¿Y qué se infiere de este principio? que son pocos los que se salvan.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hacer el negocio de la salvacion es aborrecer el pecado, renunciarle, abandonarle, trabajar en destruirle por aquellos medios que nos prescribe Dios, y se encierran en la penitencia. Hacer el negocio de la salvacion es alejarse eficazmente de las ocasiones de pecar; trabajar sin intermision en domar las pasiones; reprimir incesantemente los asaltos de la concupiscencia. Hacer el negocio de la salvacion es seguir constantemente las máximas del Evangelio, y arreglar la vida á la doctrina de Jesucristo. El mundo es su enemigo, con que es preciso hacerle una eterna guerra. En fin, hacer el negocio de la salvacion es evacuar nuestro corazon del amor á las criaturas y del amor á nosotros mismos, para que todo nuestro amor de preferencia real y efectivo se dirija únicamente á Dios, que es infinitamente amable y que nos ama infinitamente. Es no estimar otra cosa que la salvacion, mirarla como el grande, como el único negocio que merece toda nuestra aplicacion. Pues consulta en este particular tu corazon y tu conducta, y mira si el cuidado que aplicas á este negocio puede darte motivo para vivir con grande confianza. ¡Ah, que quizá te verás precisado á confesar, que por el contrario, tu negligencia y tu descuido te hacen temer con sobrado fundamento tu condenacion! ¿Qué tiempo, qué desvelos has dedicado hasta ahora á este importante negocio? ¿qué digo! ¿has tenido siquiera por negocio el de tu eterna salvacion? ¿esperarias buen suceso del menor de todos los demás negocios, si no hicieras mas diligencias para su logro que las que haces para conseguir este? Coteja el zelo que tienes de tu salvacion con el que tuvieron los santos de la suya. ¿Qué no padecieron los mártires para merecer esta corona? ¿qué no hicieron los santos, y qué no hacen cada dia para serlo los que quieren descubrir este tesoro y comprar esta preciosa margarita? ¿vale hoy el cielo menos de lo que antes valia? ¿se compra á menor precio? ¿de cuando acá á unos se les da por nada y á otros les cuesta tan caro? Es prodigiosa la desproporcion que hay entre la vida de los santos y la nuestra; ¿pues por qué hemos de aspirar al mismo premio? ¿por qué hemos de esperar la propia suerte?

¡Ah, Señor, y cuanto me confunde esta reflexion! Seria menor penetrante mi dolor, si fuera menos fundado. ¿Qué he hecho yo hasta aquí para salvarme? ó hablando con mas propiedad, ¿qué no he hecho para perderme? Pues vos, divino Salvador

mió, me haceis la gracia de darme luz para conocer las tristes consecuencias de mi fatal descuido, ayudadme por vuestra misericordia, para que desde este mismo punto comience á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que tenga perpetuamente delante de los ojos el fin para que fui criado. (*Psalm.* 38.)

Bienaventurados los que se dedican á conocer la voluntad de Dios para servirle con todo el corazon. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Apenas es posible dejar de concebir un alto desprecio de la prudencia de los hijos del siglo, cuando se llega á conocer la inutilidad de sus fatigas y la vanidad de sus empresas. Siempre que me paro á considerar (decia S. Juan Crisóstomo) esos grandes genios, esos hombres extraordinarios que llevan allá dentro de su cabeza una de las cuatro partes del mundo, ocupados siempre en algun gran proyecto, y casi rendidos al peso de los negocios, se me representan á aquellos niños que están á la orilla del mar juntando conchas y mariscos para levantar sobre la arena unas casitas, que un soplo de viento las derriba y la primera ola que viene infaliblemente se las lleva. En rigor, ninguna cosa de este mundo es digna de nuestro cuidado, ni merece toda nuestra aplicacion, sino el negocio de la salvacion; esta sola merece el nombre de negocio; todo lo demás es entretenimiento, puerilidad y bagatela. Convéncete de esta importante verdad; comprende bien que es la mayor locura sudar, afanarse, consumir la salud, las fuerzas, los talentos y la misma vida en correr tras un poco de aire, que en llegándose á conseguir, se desvanece en humo. ¿En la hora de la muerte y por toda la eternidad dará mucho consuelo á un condenado el haber dejado poderosos á sus hijos? Esto te debes repetir á tí mismo todos los instantes.

2 El negocio de la salvacion es tu único negocio; aunque hayas acertado todos los demás, nada hiciste, todo lo echaste á perder si erraste este. Este es el único negocio tuyo; los demás no son tuyos, sino ajenos; son negocios de tus hijos, de tus herederos, de tus amigos y de tus parientes. Pues en este negocio tuyo y personal, ¿qué tiempo has empleado? ¿de qué medios te has valido? El es un negocio arduo, enredoso y delicado; ¿te ha ocupado muchas horas? ¿piensas en él por la mañana, por la tarde, por el dia y por la noche? El menor de los demás negocios le llevas siempre contigo á la iglesia, al paseo, á la visita,

á las diversiones, á la mesa y á la cama, sin acertar á echarle de tí; ¿qué lugar ocupa en tu corazon y en tu memoria el importante negocio de la salvacion? ¿has pasado la mayor parte de la vida en cuidados, en afanes, en trabajos; y quizá no te ha merecido un cuarto de hora de tiempo el negocio de tu salvacion, que debiera ocuparte toda la vida? Comienza por lo menos á trabajar en él desde hoy, de manera que nada hagas sin que te puedas decir á tí mismo con verdad: en esto pretendo hacer el negocio de mi salvacion.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA PRAXEDIS (ó PRAXEDES), virgen, en Roma; la cual estando bien instruida en la perfecta castidad y en la ley de Dios, y ejercitada en continuas vigiliias, oraciones y ayunos, murió en Jesucristo, y fué sepultada en la via Salaria junto á su hermana Pudenciana. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN DANIEL, profeta, en Babilonia. (*Véase su historia en las del dia 10 de Abril.*)

EL TRÁNSITO DE SAN VICTOR, soldado, en Marsella: no queriendo seguir la guerra, ni sacrificar á los ídolos, primero fué puesto en una cárcel, donde le visitó un ángel; despues le atormentaron de diversas maneras, y últimamente le desmenuzaron con una piedra de molino. Padedieron con él otros tres soldados, ALEJANDRO, FELICIANO y LONGINOS. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA JULIA, virgen y mártir, en Troyes de Francia. (Habiéndola solicitada por esposa uno de los generales de Aureliano, negóse á sus deseos de manera que consiguió convertirle á la fe de Jesucristo, y con él muchos otros de sus tropas. Sabido el suceso por Aureliano, mandó prenderla y luego degollarla en el año 275.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CLAUDIO, JUSTO, JUCENDINO Y CINCO COMPAÑEROS, en tiempo del emperador Aureliano, en la misma ciudad.

SAN ZÓTICO, obispo y mártir, en Comana en la Armenia, que alcanzó la corona del martirio en tiempo de Severo. (El fué el primero que descubrió, confutó y condenó los errores é imposturas de los cathaphrygos ó montanistas con sus falsas profecias, como lo dice Eusebio.)

SAN ARBOGASTO, obispo, ilustre en milagros, en Estrasburgo. (Los irlandeses suponen á este Santo natural de su pais: los escoceses pretenden tambien apropiárselo; pero sus actas dicen que fué de una noble familia de Aquitania, y cuentan que pasaba por los años de 630 vida eremitica en *Bosque Sacro*, cuando el rey Dagoberto II lo llamó á la corte y le hizo elegir para el obispado de Estrasburgo. Poco despues de su exaltacion resucitó al hijo de Dagoberto, que habia muerto de la caída de un caballo. Otros muchos milagros se atribuyen á este